

Yo estuve ahí

En mi recorrido matutino por los caminos de la granja, una mañana soleada con el calor habitual, me senté agotada en un banco frente a la laguna.

Buscando aire fresco, brisa, movía mi cabeza en un vaivén donde apreciaba a las nubes con sus diferentes formas en medio del cielo intensamente azul.

En un momento, al acomodarme para secar el sudor que corría por mi frente, vi sobre el césped, confundiéndose entre las hojas, un pequeño bulto que apenas se movía.

Me levanté y sigilosamente, con aire de curiosidad, me acerqué. Pude observar que se trataba de un patito que buscaba respirar.

Lo tomé con mucha suavidad, entre mis manos. Movía su cuerpo pequeñito. Pensé darle respiración artificial.

Volví al banco. Me senté colocándolo entre mis piernas, mientras con los dedos índices y medio le estimulaba el corazón.

Al ver que no salí de ese estado de movimientos leves, me asusté. Frente a mis ojos la fragilidad absoluta de una vida conmovía mis latidos. Salí en busca de un empleado de la granja.

En ese corto, pero eterno recorrido le hablaba al patito, le decía que tenía que vivir; lo estimulaba, le daba calor y todo mi amor. Cuando conseguí al empleado se lo entregué con todas las recomendaciones. Le expliqué brevemente todo lo acontecido.

Estaba segura que mi presencia ahí, era por él.

Así fue. Al día siguiente supe que mi labor no fue en vano y en días posteriores, sentada en el mismo banco, un animalito de suave plumaje se posó al lado de mi pie, reconociendo mi calor.